

SÁNCHEZ HERRERO, José: *Historia de la Iglesia en España e Hispanoamérica. Desde los inicios hasta el siglo XXI*. Madrid. Sílex 2008, 475 pp. ISBN 978-84-7737-192-2.

En el haber del autor del presente libro se encuentra una variada gama de aportes: modélicos trabajos de investigación como *Las diócesis del reino de León. Siglos XIV y XV* (León 1978); obras de síntesis como *Historia de la Iglesia II. Edad Media* (B.A.C. Madrid 2005, que actualiza otra de la misma naturaleza publicada por la misma editorial en los años Sesenta); la coordinación de importantes series como el *Synodicon Hispanum* o la *Historia de las diócesis españolas* ambas también de la Biblioteca de Autores Cristianos, y una larga serie de trabajos dedicados a la religiosidad popular. Pocas personas, así, estaban más autorizadas que el profesor Sánchez Herrero para redactar la apretada síntesis que publica la Editorial Sílex.

Veinte siglos de la Historia de España desfilan a través de su Iglesia en sus mas variadas expresiones: jerarquía eclesiástica, cultura y educación, vida sacramental, vida política y económica, debates que van mas allá de la especulación teológica, movimientos asociativos, etc... Para facilitar la comprensión de los hechos, cada capítulo se abre con una panorámica de la situación política que vive el país en esos momentos.

Diez y siete capítulos integran la obra que cabe dividir en tres parte siguiendo, con los naturales matices, la más convencional de las periodizaciones de la Historia.

Una primera parte va dedicada a la evangelización y primera organización eclesiástica bajo la dominación romana (un solo capítulo) y a la Iglesia medieval: hasta el capítulo séptimo que, dedicado a los Reyes Católicos, actúa a modo de bisagra entre el Medievo y la Modernidad.

España tiene un hecho diferencial en relación con el resto de los países europeos y, en general con todo el mundo euro-mediterráneo: es el único territorio que, dominado por el Islam en los tiempos de su primera fulgurante expansión, habría de reintegrarse a la órbita de la Cristiandad Occidental. Dicha circunstancia habría de marcar profundamente (elucubraciones al estilo de las de Américo Castro *versus* Sánchez Albornoz al margen) la evolución religiosa y política de lo que serían en el Medievo los Cinco Reinos y posteriormente la monarquía Hispánica de los tiempos modernos. Lo que a falta de otra expresión mejor y por razones puramente operativas llamamos Reconquista es, desde el punto de vista eclesiástico, un proyecto de restauración

—con muchos matices, por supuesto— de lo que había sido la Iglesia antes de la irrupción musulmana en 711. Con todas las cautelas necesarias, la estructura diocesana se desea similar a la de tiempos pasados. La implantación del rito romano frente al mozárabe consumada a finales del siglo XI será, como la introducción del monacato de signo cluniacense, un síntoma de europeización de la Iglesia hispánica del Medievo.

En esta parte de la obra se abordan sintéticamente todos los aspectos propios de una Historia de la Iglesia que vaya más allá de lo puramente jerárquico. Quizás en el tratamiento de algún tema haya un cierto desequilibrio.. Así, en las disidencias religiosas, el priscilianismo (pp. 25-28) o el adopcionismo están muy solventemente analizados. Pero se pasa muy por encima de otras corrientes como el catarismo y el valdismo (de incidencia religiosa menor en la península aunque con una grave hipoteca política para la Corona de Aragón) o del curioso fenómeno de los herejes de Durango en el siglo XV. El tema del antijudaísmo, creemos también, hubiera requerido una mayor dedicación.

El reinado de los Reyes Católicos (pp. 157 y ss) será capital en el proceso de uniformidad religiosa (Inquisición bajo control real, fin de la Reconquista, expulsión de la minoría judía) pero también para la promoción de movimientos de reforma (episcopado, ordenes religiosos, clerics secular, obra cultural cisneriana) que, según la visión mas apologética de nuestra historia, vacunarían a España de las tentaciones reformistas que sacudirán Europa unos años mas tarde.

De muchas de estas corrientes enriquecidas también por otras de signo más o menos erasmista —magistralmente estudiadas hace ya muchos años por M. Bataillon— va a vivir la España de los primeros Austrias. Aunque erigida en valladar frente a las tendencias heterodoxas de variado signo será algo más que ese «martillo de herejes y luz de Trento» pintada por Menéndez Pelayo. Es también la de la prosecución de las reformas de las órdenes religiosas y la de las nuevas fundaciones, alguna de la trascendencia de la Compañía de Jesús. Y es en la que, como en el resto de Europa, se plantean importantes debates doctrinales: controversias sobre la gracia derivada de las tesis de Jansenio, controversias sobre la moralidad de los actos humanos, controversias mariológicas, etc... (pp. 246 y ss.). Brotes luteranos de Sevilla y Valladolid a mediados del siglo XVI, alumbrados y quietistas y judaizantes serán las preocupaciones del Santo oficio cuyo auge se alcanzará entre fines del siglo XVI y los primeros veinte del XVII.

La España de la Contrarreforma es, asimismo, la responsable de la colonización y evangelización de buena parte del continente americano. Una cuestión que plantea, desde sus mismos orígenes, el tema de la legitimidad de la conquista. Las famosas *Relecciones* del Padre Vitoria ocupan en este campo un lugar de honor (pp. 218-220) La estructuración diocesana de las tierras de ultramar y el papel de las ordenes religiosas contribuirán decisivamente a la vertebración de unos dominios. En su independencia contará de forma nada despreciable el papel del clero que, en algún caso (el México de los curas Hidalgo y Morelos) hará de instigador.

La Iglesia española del siglo XVIII (capítulo XI del libro) supone –tendencias regalistas por medio, discutibles decisiones como la expulsión de los jesuitas o pérdida de fuerza de la Inquisición– el puente hacia la extinción del Antiguo Régimen. El decenio que discurre entre 1833 y 1843 será decisivo en lo que concierne al fin de la Iglesia del Antiguo régimen (pp. 310-313).

Bien es cierto –Sánchez Herrero lo detalla acertadamente– como a lo largo del siglo siguiente (de fines del absolutismo a 1936) y desde distintas instancias del catolicismo español se mantendrá una notable viveza en diversos campos: asociacionismo, prensa confesional con cierta capacidad de penetración social o pervivencia de una religiosidad popular reforzada por muchas nuevas devociones que, surgidas a mediados del siglo XIX, se consolidan en el último cuarto de siglo. Incluso algunas figuras como Jaime Balmes en el XIX o Ángel Herrera en el XX, de forma realista y con un nuevo estilo, intentaron una acomodación del catolicismo español al nuevo signo de los tiempos liberales y post-liberales. Las realidades de un país frecuentemente convulso frustrarán, sin embargo, muchas de esas esperanzas. De un lado, a causa del bajo nivel de formación de unas masas nominalmente católicas pero apegadas a una religiosidad excesivamente primaria y formalista. Del otro, por los sensibles avances de un anticlericalismo en el que convergen dos tendencias. De un lado la ancestral desconfianza hacia el estamento eclesiástico que llega a manifestarse a veces de forma emotiva y violenta. Del otro, estará el anticlericalismo intelectual, legalista y respetuoso con la libertad de conciencia, pero «implacable en su lucha contra la influencia del clero en la vida pública» (p. 400). Dos expresiones pueden definir bien lo que supone esta tendencia. La de «una Iglesia libre en un Estado Libre», aspiración de los prohombres de la revolución de 1868 y de la Primera República que aspiraban a romper con la confesionalidad del Estado; y la de «España ha dejado de ser católica» frase pronunciada por Manuel Azaña con motivo de la redacción de la constitución de la Segunda República.

La tragedia de la guerra civil de 1936-1939 tuvo mucho de guerra religiosa. Algunos lectores de este manual podrán hablar de parcialidad del autor a propósito de este conflicto y de la larga posguerra en la que el régimen franquista definió a España como estado «católico, social y representativo». Lo que no puede negarse, sin embargo es que los datos, hechos, cifras, etc... que facilita el Prof. Sánchez Herrero resultan irrefutables y avalan el sentido general de ponderación que preside la obra.

Ya en democracia, los acuerdos del Estado Español con la Santa Sede en 1979 pondrían fin a un largo ciclo con la renuncia del rey al secular derecho de presentación de los obispos. Era el nuevo signo de los tiempos que, para algunos, abrían un incierto porvenir para el catolicismo en España y en el mundo en general. No mayor, habría que añadir, que el que puede esperarse para otras ideologías o instancias de poder.

Emilio MITRE FERNÁNDEZ  
Catedrático de la UCM

AILLET, Cyrille, *Les mozarabes. Christianisme, islamisation et arabisation en Péninsule Ibérique (IX<sup>e</sup>-XII<sup>e</sup> siècle)*, (Préface de Gabriel Martínez-Gros), Bibliothèque de la Casa de Velázquez, vol. 45, Madrid 2010, 418 pp., I.S.B.N. 978-84-96820-30-2.

La Biblioteca de la Casa de Velázquez nos vuelve a sorprender gratamente con una obra muy meritoria del prof. Cyrille Aillet, antiguo miembro de *l'École des Hautes Études Hispaniques et Ibériques*, de la Casa de Velázquez, y, en la actualidad, *maître de conférences* en «Historia de los mundos musulmanes medievales» en la Universidad Lumière-Lyon 2.

El autor conoce desde hace años el tema. No en vano en el año 2008 fue, junto con Mayte Penelas y Philippe Roisse, editor del libro *¿Existe una identidad mozárabe? Historia, lengua y cultura de los cristianos de al-Andalus (s. IX-XII)*, también editado por la Casa de Velázquez (Colección de la Casa de Velázquez, vol. 101). En él que se abordaba sin complejos asuntos relacionados con este polémico tema de la historiografía española del último siglo. En aquel volumen, basándose en nuevas fuentes sobre los mozárabes, se reunían estudios sobre la historia, la lengua y la cultura de los cristianos andalusíes desde el siglo IX hasta su desaparición en el XII. Se aportaban nuevas reflexiones sobre la identidad de los mozárabes y su peso en la historia de al-Andalus, sin subestimar su grado de islamización, ni sobrevalorar tampoco su fuerza en la sociedad andalusí a la que pertenecían. En esta ocasión es el propio Cyrille Aillet quien, de su puño y letra, escribe más de cuatrocientas páginas, de las que realmente ninguna tiene desperdicio.

Es bien conocido que, en los últimos tiempos, los arabistas hispanos han tendido a identificar a los mozárabes como una minoría marginal en al-Andalus, que sólo sobrevivió por las aportaciones periódicas de cristianos procedentes del norte de la Península. Esta concepción del mundo mozárabe seguramente surgió como reacción a las decimonónicas tesis del catedrático de lengua árabe de la Universidad de Granada, Francisco Javier Simonet. En su *Historia de los mozárabes de España deducida de sus mejores y más auténticos testimonios de los escritores cristianos y árabes*, 4 v., Madrid 1897-1903), había convertido a los mozárabes en símbolo de la identidad hispana forjada en la lucha con el Islam. El profesor Aillet se sitúa en un plano distinto, y lo hace desde el conocimiento profundo de las fuentes, islámicas y cristianas. Esta es, a mi entender, una de las mayores cualidades de este libro.

Efectivamente, Aillet, como buen arabista, conoce, analiza y explica las fuentes árabe-musulmanas. Realmente abruma un conocimiento tan exhaustivo y de primera mano de las crónicas y fuentes jurídicas musulmanas, que, por desgracia, no podemos tener la mayor parte de los estudiosos del mundo medieval. Los centenares de citas de textos árabes son en sí mismos una grandísima aportación al tema.

El profesor Aillet también utiliza con acierto las crónicas cristianas del norte peninsular, o los documentos coetáneos de los reinos cristianos. Repasa detenidamente todas las colecciones diplomáticas y otras ediciones cronísticas, publicadas en los úl-

timos decenios, relativas al norte hispano, y, salvo algún pequeño error sin importancia, como la atribución de la Colección documental de San Miguel de Escalada a José Manuel Ruiz Asencio, cuando su autor es Vicente García Lobo, ha reunido los textos más interesantes en los que apoyar con fundamento sus tesis.

Señala que la ausencia de textos latinos en al-Andalus con posterioridad al año 860 no significa en absoluto la desaparición del mozarabismo, más bien cree que es realmente su punto de partida, ya que el autor explica que es precisamente en la segunda mitad del siglo IX cuando comienza a formarse en el entonces emirato, luego califato, de Córdoba una cultura árabe-cristiana.

A pesar de las dificultades y limitaciones heurísticas, Cyrille Aillet profundiza en la realidad de la islamización de la sociedad mozárabe andalusí a partir de la esa época, momento en que las estructuras eclesiásticas se desmantelan con rapidez, al menos en algunas regiones de al-Andalus. Para el autor, la desaparición de las jerarquías cristianas no supuso la de los mozárabes, cuya presencia hasta la llegada de los almórabides está claramente constatada. Desde mediados del siglo IX los cristianos serán ya una minoría en al-Andalus, tras numerosas conversiones y alianzas matrimoniales, transformándose desde entonces rápidamente la sociedad.

Aillet estudia el uso y salvaguarda del latín por parte de estos mozárabes, como emblema cultural propio, utilizado en la lengua litúrgica y en inscripciones funerarias hasta el siglo XII. Efectivamente, en numerosos aspectos, los mozárabes estaban anclados en un modelo pre-islámico. Cyrille Aillet razona que, con todo, los mozárabes, hasta el siglo XII, supieron, a la vez, integrar, selectivamente, en su cultura latina, numerosos elementos procedentes de la árabe. Se esfuerza en mostrar la innegable arabización del mundo mozárabe, plasmada, por ejemplo, en la existencia de numerosas notas en árabe en manuscritos latinos.

Pone en relación esta influencia con el evidente ascendiente que ejerció la cultura árabe sobre los cristianos del norte, al menos hasta el siglo XI. Estudia los desplazamientos de esos cristianos del norte a las zonas limítrofes musulmanas, que juzga movimientos escasos y restringidos, sin la importancia que se les quiso dar ya muy al principio desde la óptica norteña.

Defiende que el mozarabismo no se construyó como una cultura contra el Islam, sino sobre el propio cristianismo hispano antecedente. Algunos mozárabes tardíos, como los de Beira, no residentes entonces en territorio musulmán, no rechazaban los modelos, la memoria y los precedentes árabes.

Cyrille Aillet concluye que, entre los siglos IX y XII, los mozárabes fueron una auténtica comunidad, un grupo unido por sus tradiciones, distintas a las de otras comunidades coetáneas. Habla de un «modo de ser mozárabe», incluso de una «situación mozárabe». Rechaza, pues, la tradicional concepción de separación absoluta de fronteras entre el califato de Córdoba y los reinos cristianos, entre árabes y cristianos. Artesanos mozárabes cualificados visitaron los reinos del norte, dejando la impronta de su destreza en distintos campos, fascinando a todo el conjunto de la

Península Ibérica. En el sur, en los siglos XI y XII, incluso algunos convertidos al Islam, los muladíes, seguirán manteniendo su antigua cultura árabe-cristiana.

Estamos ante un estudio maduro de un investigador muy experimentado, que, al menos en parte, es polémico con la historiografía hispana, pero que debe valorarse cuidadosamente, porque abre nuevos horizontes a los estudiosos del mundo hispano pleno-medieval. Su lectura reposada para medievalistas, arabistas e interesados en la España de los siglos IX al XII es absolutamente recomendable.

Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ

Catedrático de Ciencias y Técnicas Historiográficas, Universidad de León

*Da Raimondo Lullo a Nicola Eimeric. Storia di una falsificazione testuale e dottrinale*, S. Muzzi (coord.), Roma, Antonianum, 2010. 216 pp. ISBN 8872570824.

En la historia de la Iglesia en general, y en la del lulismo en particular, este libro significa un importante cambio de paradigma. Hasta ahora la historiografía había consignado y repetido las posibles desviaciones heréticas de Ramón Llull, descubiertas y denunciadas por el dominico gerundense Nicolau Eimeric. Se admitía generalmente que el corpus luliano era tan extenso que podía contener algunas desviaciones doctrinales: su obra era tan inabarcable que podía albergar trabajos desconocidos bajo esa orientación.

Sin embargo, la moderna crítica textual ha ido acorralando progresivamente la labor de Eimeric, culpable de que durante siglos no sólo se frenase la causa de canonización de Ramón Llull, sino que recayese en su figura –de forma totalmente injusta– la acusación de herejía. Si lo que podríamos llamar el «paradigma Eimeric» ha dominado la historiografía eclesiástica, los manuales de filosofía y de teología y la conciencia de muchas personas de buena fe que siguieron las ideas del dominico, ahora –a través de los documentos que recogen el libro que aquí se presenta– volvemos al «paradigma luliano».

Ciertamente, dicha revolución se ha ido fraguando durante los últimos treinta años y, con este libro, aflora de forma pública y lanza un envite a los detractores de la obra luliana. Jurídicamente se podría decir que los defensores han conseguido «invertir» la carga de la prueba a la que Eimeric les había sometido y son ahora los anti-lulianos quienes deben contraatacar para defenderse de las importantes acusaciones de falsificación que, tal y como reza el título, recaen sobre el inquisidor catalán.

Si Eimeric había presentado algunas tesis lulianas como heréticas, los últimos estudios sobre el personaje y su época acaban arrojando conclusiones muy claras: Eimeric falsificó algunas obras lulianas para demostrar su carácter herético. Gracias a los análisis contrapuestos de la personalidad del gerundense y la de Bernat Ermençol, su rival en el seno de la misma Orden de Predicadores, se pueden detectar con

mayor claridad las luchas intestinas y eclesiológicas en las que, de forma totalmente inmerecida, se vio inmersa la obra de Llull.

El dominico Ermengol, coetáneo y rival de Eimeric, estuvo al frente de una comisión de teólogos que señaló que tres proposiciones lulianas del *Árbol de Filosofía de Amor* de Llull habían estado parcialmente mal transcritas por Eimeric e interpretadas como proposiciones heréticas, cuando podían ser entendidas en un sentido completamente ortodoxo. Tales documentos habían sido olvidados intencionadamente, en el marco de la Iglesia del XIV, época del Cisma de Aviñón en el que Ermengol y Eimeric tomaron partido por las diversas facciones.

Los estudios de Claudia Heimann, que presentó una tesis en la Universidad de Bayreuth titulada *Nicolaus Eymerich (vor 1320-1399) «praedicator veridicus, inquisitor intrepidus, doctor egregius. Leben und Werk eines Inquisitors*, Münster, Aschendorff 2001, así como del investigador Jaume de Puig i Oliver y del infatigable profesor Josep Perarnau i Espelt han acabado de perfilar las intenciones de Eimeric y demostrar que ya en la época había testimonios de la adulteración que el Inquisidor gerundense había perpetrado en los textos lulianos.

En este libro se recogen, por primera vez, varios de estos textos, compilados por la joven investigadora luliana Sara Muzzi, en los que se muestra, de forma ya clara y rotunda, la intención del inquisidor Eimeric. El título *–Storia di una falsificazione testuale e dottrinale–* no deja lugar a las dudas. La publicación de este libro en la colección del Antonianum de Roma otorga el relieve necesario a este cambio de paradigma. No en vano, el Prof. Perarnau ha sido durante años docente invitado en la Universidad que los franciscanos tienen en la Ciudad Eterna.

En el libro, Josep Perarnau aparece como el verdadero protagonista de esta importante labor investigadora, que ha dado frutos abundantes y que, pese a su creciente publicidad, aún no habían sido presentados de una forma tan clara y directa. Le acompañan otros personajes –tan ilustres como sabios– en otros campos de la filosofía y de la teología. El primer texto corresponde al Dr. Jaume de Puig, su inseparable colaborador el *Arxiu de textos catalans antics*, y pone sobre la mesa los problemas de la comissió Ermengol, cuestión que el propio Perarnau acaba de reafirmar en su texto sobre el mismo tema.

Dos breves trabajos sobre *Lo desconhort*, de Amédée Pagès y de la compiladora Sara Muzzi muestran las analogías entre el poema luliano y el *Directorium Inquisitorium* de Eimeric, aunque el verdadero plato fuerte del libro es la lección inaugural que el propio Prof. Perarnau dictó en motivo de la Inauguración del curso 1997-1998 de la Facultat de Teologia de Catalunya, donde muestra con claridad las adulteraciones de Eimeric.

En el libro que aquí se reseña se pueden hallar los testimonios prolulianos que dos eximios profesores franciscanos tributaron al terciario mallorquín. Por un lado, la presentación del Dr. José Antonio Merino, Profesor ordinario de Historia de la Filosofía medieval y moderna en el Pontificio Ateneo Antonianum, y por otra la del profesor Benito Mendía Lasa, quien en un texto de 1978 situó a Llull a la vera de la

tradición agustiniana, mostrando así su ortodoxia vinculándolo con este Padre de la Iglesia.

El libro concluye con la lección magistral de Josep Perarnau, con motivo de su investidura como *Doctor honoris causa* de la Universitat de Barcelona, que acaba con una reflexión muy gráfica y con el anhelo de que todos los hallazgos concluyan felizmente con la canonización del Doctor Iluminado. El empeño de Perarnau, sacerdote antes que erudito, es lograr la elevación de Llull a los altares, después de siglos de luchas entre lulistas y antilulistas.

En ningún lugar como en su Mallorca natal se ha venerado a Llull como sabio y como santo. Los obispos de la Diócesis quisieron incoar una causa formal de beatificación que legalizara para la Iglesia Universal el culto local que sus coterráneos le tributaban. Así sucedió en el siglo XVII y en el XVIII, en sendos procesos que no acabaron felizmente, pues las obras de Llull no llegaron a Roma en el debido estado y los teólogos no pudieron examinarlas.

El espíritu de Eimeric estuvo presente en la Santa Sede, donde la causa luliana no pudo progresar adecuadamente. Los teólogos, animados por los dominicos, buscaron ávidamente los errores doctrinales en la obra de Llull. De un tiempo para acá, después del análisis de teólogos tan reputados como el propio Perarnau, Jordi Gayà o Fernando Domínguez Reboiras, no han aparecido elementos de heterodoxia en las obras de Llull, conocidas a día de hoy en su integridad, al tiempo que se han podido separar del corpus las obras apócrifas o espurias.

El cambio de paradigma intelectual se tradujo también en un importante cambio eclesiológico. En efecto, la presentación del volumen corre a cargo de Mons. Luis Francisco Ladaria Ferrer, S. I., actual Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ladaria nació, como Llull, en Mallorca y en sus palabras no sólo puede percibirse una honda empatía teológica, sino también personal con el Doctor Iluminado.

Del breve texto del Arzobispo Ladaria pueden extraerse varias citas, de entre las cuales me gustaría destacar dos. En primer lugar, una de carácter teológico, pues al referirse a las críticas infundadas de Eimeric, dice: «l'infondatezza si è dimostrata in diversi casi per il fatto che le proposizioni che si presupponevano estratte dalle opere lulliane erano state citate con imprecisione e senza accuratezza, quando non in modo falso. Per altre questioni di fondo è stato lo stesso sviluppo dogmatico a fare cadere i sospetti. Questo è chiaro in concreto nel caso emblematico dell'Immacolata Concezione di Maria Santissima, privilegio del quale Ramon fu un accanito difensore» (p. 5).

El segundo texto responde a una intención hagiográfica que, indirectamente, muestra no sólo la ortodoxia, sino también el camino hacia la Santidad de Llull: «Non c'è dubbio che egli volle sempre essere fedele alla Chiesa. Si deve tener conto del fatto che, pur in mezzo alle discussioni dottrinali talvolta accanite, non è venuta mai meno la sua fama di santità» (p. 5).

Esperemos que las palabras de Luis Francisco Ladaria se conviertan en una realidad, tal y como lo pretenden los autores del volumen que aquí se reseña. De momento, este libro es una obra esencial para conocer el pasado y el presente del lulismo y, tal vez, una puerta decisiva hacia un futuro inmediato lleno de esperanza y de buenos augurios.

Rafael RAMIS BARCELÓ  
Universitat Pompeu Fabra (Barcelona)

CONDE DE FLORIDABLANCA, *Cartas desde Roma para la extinción de los jesuitas: correspondencia julio 1772 – septiembre 1774*. Estudio introductorio, edición y notas de Enrique Giménez López, Universidad de Alicante 2009, 627 pp. ISBN: 978 84 7908 999 3.

El conocimiento del proceso histórico de la extinción de la Compañía de Jesús con el breve *Dominus ac Redemptor* del papa franciscano Clemente XIV en 1773 ha mejorado en los últimos años gracias a estudios y ediciones documentales, como el libro de José Ferrer Benimeli, *La expulsión y extinción de los jesuitas según la correspondencia diplomática francesa*, Zaragoza 1998. Es sabido que el embajador español en Roma, el murciano don José Moñino y Redondo, I Conde de Floridablanca (1728-1808), sometió a gran presión al papa Ganganelli para que firmara el breve de extinción. De Moñino se cuenta con importante información relativa a sus escritos políticos, testamento, biblioteca, etc., pero faltaba su correspondencia epistolar.

El catedrático de la Universidad de Alicante Enrique Giménez López, especialista en la historia de la Compañía de Jesús en España durante el siglo XVIII, ha editado precisamente las cartas de Moñino durante su embajada en Roma. Se trata de la edición de 222 documentos, cartas que comienzan el 16 de julio de 1772 y terminan el 29 de septiembre 1774, la mayoría dirigidas a Grimaldi. El principal de sus objetivos era lograr la extinción de la Compañía. Consta de un espléndido estudio introductorio con numerosas notas críticas sobre la actuación de Moñino durante este período, con la bibliografía citada y el corpus documental donde indica de dónde está tomado el documentos, quién lo escribe, a quién va dirigido, y el lugar y la fecha, y finalmente un índice onomástico.

Leyendo las cartas se llega efectivamente a la conclusión de que el embajador fue implacable con el Papa, le sometió a una fuerte presión, con audiencias larguísimas, sirviéndose de su confesor Inocencio Buontempi –le llamaba «el barómetro de todo y al fin lo ha hecho grandemente»– y de cardenales y preladados afines, especialmente de Zelada, el redactor del breve. Finalmente el papa cedió y firmó el 16 de agosto de 1773 el breve de extinción, y así comunicaba la noticia al ministro Grimaldi, a quien le debía su nombramiento como embajador: «sea enhorabuena que hemos salido del escabroso empeño de jesuitas».

Las cartas están tomadas en su mayoría de los legajos 5.039 a 5.043 de la sección de Estado del Archivo General de Simancas, y del fondo Santa Sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, especialmente legajos 436 a 438, aunque cita también otras fuentes. De estas cartas se pueden sacar multitud de detalles sobre la vida del papa y entorno romano, como, por ejemplo, los prejuicios del papa sobre la Compañía; según recogió Moñino, la «desavenencia» empezó «desde que tuvo vocación de entrar en la Orden de San Francisco, de la cual, en cierto modo le había querido disuadir su confesor, que era jesuita», o que «en 1743 le prepararon los jesuitas una persecución para hacerle salir desterrado de Roma».

Nada parece indicar que fuera cierta la presunta retractación del papa. Con todo, hay que mirar con ciertas reservas el exceso de autosuficiencia de Moñino en la consecución de su objetivo final, no fue él ni la primera, ni la principal, ni la única fuerza que logró la extinción, había otras circunstancias internas, tanto dentro de la Iglesia como en la propia Compañía, consecuencia de su debilitamientos por las expulsiones de los estados borbónicos.

Moñino fue premiado por Carlos III en 1776 con un puesto en la Secretaría de Estado. Curiosamente quien decretó la entrada de los jesuitas a título personal en España fue Moñino en 1808, siendo presidente de la Junta Central Suprema, poco antes de morir.

La edición, dentro de la colección Norte Crítico, de la Universidad de Alicante, hubiera mejorado con algunas notas explicativas, así como con índice de lugares y temas. Se trata, pues, de una gran aportación documental muy útil a los investigadores y estudios de la biografía de Floridablanca y de la historia de la Compañía de Jesús.

Enrique GARCÍA HERNÁN  
Instituto de Historia, CCHS, CSIC, Madrid

CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Ensayos Contemporáneos*, Madrid, Editorial Actas, 2011, 263 pp. ISBN: 978-84-9739-112-2.

Resulta ocioso glosar los méritos que adornan y definen la trayectoria académica de José Manuel Cuenca. En efecto, desde su atalaya de la Universidad de Córdoba, el profesor Cuenca se erige en uno de los puntales esenciales de la labor docente e investigadora en torno a la historia contemporánea de nuestro país. Un referente académico esencial en toda la segunda parte del siglo XX, y de los primeros compases del XXI. Ha llegado a articular toda una escuela académica de caracteres propios y bien definidos, dominada por su vasta producción bibliográfica.

El carácter de historiador de raza de Cuenca le ha llevado, usando las palabras de Marc Bloch, a buscar su presa en entornos y problemáticas muy diversos, unidos to-

dos ellos por algunas claves de bóveda que se extienden a lo largo de sus variadas preocupaciones historiográficas, y que cimientan un sólido nexo de unión, un carácter claramente definido. Por un lado, una intensa preocupación por España, como un proyecto político siempre desafiado y cuestionado y –en último término– problemático para muchos académicos (no desde luego para él); todo ello con una mirada siempre pendiente de su maltratada tierra de origen: Andalucía. Por otro lado, la voluntad de fundamentar una historia centrada en el hombre, en los problemas y peripecias de los auténticos protagonistas de la historia. En efecto, más allá de estructuras o ciclos, José Manuel Cuenca vertebró sus trabajos en torno a ese objetivo inexcusable de los historiadores: el ser humano, a lo largo del tiempo, enraizado en las instituciones y cuerpos políticos que han surgido a su paso, y determinado por los conflictos, continuidades y rupturas que vienen determinados por su propia naturaleza.

Con «*Ensayos Contemporáneos*», editado –como nos tiene acostumbrados– de manera admirable por la Editorial Actas, José Manuel Cuenca avanza en el redondeo de la serie de publicaciones acogidas por la misma casa, que dan cuenta de la pujante vitalidad del autor no sólo como historiador sobresaliente, sino como un ensayista depurado y certero. Así –sin ánimo de ser exhaustivos–, la serie de «*Historia y Actualidad*», desplegada a lo largo de tres volúmenes; su «*Historia y Literatura*», o –con una ambición académica fundamentada en un tema concreto– sus «*Conversaciones con el General Armada*», de rabiosa actualidad y obligada lectura en nuestros días, encuentran ahora su continuación en «*Ensayos Contemporáneos*», siempre dentro del mismo sello.<sup>1</sup>

Este libro, es –en primer lugar– una obra definida por el peso específico del estudio fundamental sobre la cultura durante la dictadura del general Primo de Rivera. Se trata sin duda de un texto con vocación de sentar las bases para futuros trabajos en torno a un tema que –hasta ahora– permanecía relativamente huérfano de un análisis monográfico con voluntad de síntesis, y de vindicación de los logros de una generación de españoles en lo cultural, oscurecido, en sus logros, por una peripecia política singular... Pero no nos adelantemos. En efecto, este estudio centra gran parte de las páginas de la obra de Cuenca, pero su carrera viene cubierta por una guardia que no desmerece en absoluto las virtualidades de ese elemento central. Muy al contrario, supone esta el contrapunto perfecto, al dar cuenta de la pericia de su autor a la hora de elaborar ensayos galanos y preciosistas en su prosa, sobre temas de indudable actualidad e interés para todos aquellos inquietos por el secular problema de España o, por ejemplo, para los historiadores faltos del acicate necesario para una defensa más vigorosa de los fundamentos de la profesión. Nos referimos al fundamental trabajo sobre los peligros del amateurismo en la historia.

Y es que hay en el trabajo de Cuenca un hermanamiento evidente con los grandes ensayistas del siglo XX; esos que supieron darle a este género nuevo contenido y vi-

---

<sup>1</sup> La glosa no sería en cualquier caso completa sin referir «*El Poder y Sus Hombres*» o el auténticamente fundamental «*Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*», por ceñirnos, en un abusivo esfuerzo de síntesis, a las obras del autor editadas por Actas.

talidad, convirtiéndolos en capsulas esenciales de conocimiento y erudición, capaces de traspasar en acierto y pertinencia a monografías más amplias. Pensamos al escribir estas líneas sobre todo en el ingente trabajo de un autor de la talla Isaiah Berlin en este género. Hay, en efecto, sintonía entre «Ensayos Contemporáneos» y –por ejemplo– las antologías recopilatorias de los trabajos de Berlin. Una inquietud quizás difícil de combinar, pero solucionada con maestría, entre las cuestiones particulares (*Tolstoi y la Ilustración/La Cultura Bajo la Dictadura de Primo de Rivera*), y las grandes y necesarias generalizaciones (*El Concepto de Historia Científica/De la Pretendida Superioridad Intelectual de la Izquierda sobre la Derecha*), que, en ambos autores, resultan en un todo operativo y sugerente.

En lo que se refiere a la obra que nos ocupa, la combinación de lo *particular* –materializada en ese revelador estudio sobre la cultura en tiempos de Primo de Rivera– con los vuelos de águila sobre España, su historia, el oficio de historiador, o los conflictos derecha/izquierda, dan pie a una obra con un tempo sugestivo –en nuestra opinión claramente divisible en tres actos– que deja, cuando finaliza la lectura, ese poso de experiencia amena –aprovechada y aprovechable– que muchos libros (la mayoría) no consiguen decantar.

Y es que en efecto, como su propio título indica, este libro es una recopilación de ensayos, pero que juntos adquieren una unidad y sentido propios; recopilación de ensayos, en definitiva, en su más pura y acabada expresión, con una característica añadida. Cuenca es maestro en el uso del lenguaje castellano, y sus trabajos son pequeños monumentos reivindicativos de la ingente riqueza de su vocabulario. A lo largo de sus páginas, como nos tiene acostumbrados, florecen términos –en injusto desuso– de un habla que, en alguna de sus expresiones más bellas, se encuentra coaccionada por un espectro «anglificador» y simplificador que amenaza con empobrecer los frutos de nuestra lengua común. Si ese estilo personal de Cuenca es merecedor del adjetivo de *arcaizante*, lo es por nobles motivos. Su prosa es sobre todo una reivindicación de la fertilidad y los matices de un castellano que vive en nuestros días (cualquier paseo atento por las calles de nuestras ciudades y pueblos lo atestigua) alguna de sus horas menos brillantes.

Y si hablamos de tres actos, se impone como necesario desgranar, aunque sea someramente, el contenido de estos. Los dos ensayos que abren la obra del profesor Cuenca «*Guerra y Paz en la España Moderna y Contemporánea*» y «*Personalidad e Identidad Históricas de España*» constituyen perfectos botones de muestra de todo lo anteriormente dicho. El segundo de los textos referidos, que abre el libro, supone una oportunísima reflexión del autor sobre la naturaleza del ser y del sentir españoles, que se sitúa en el quicio de la polémica entre Sánchez Albornoz y Américo Castro para –desde la perspectiva que proporciona la atalaya de los momentos críticos de la segunda década del XXI– reflexionar sobre la configuración histórica de los discursos en torno a la idea de hispanidad. De especial enjundia, si cabe, son las reflexiones sobre la configuración del nacionalismo español contemporáneo, al socaire de las perturbaciones provocadas por la Guerra de la Independencia. Sutil combinación de las esencias católicas seculares de nuestro país con las ideas liberales de progreso

propias del XIX, las virtualidades de ese nacionalismo se vieron en el siglo XX, desafiadas por dos elementos parejos en el tiempo y en su beligerancia. Por un lado, la crisis de la religiosidad tradicional, que dejó libre un espacio que sólo pudo ser ocupado por la pujanza de las fuerzas armadas como recurso de unidad (con inevitables problemas y tensiones derivadas de todo ello). Por otro lado, el auge de los nacionalismos periféricos. Para el autor, en cualquier caso, ese viejo nacionalismo español, sabia combinación de los avances del liberalismo y de los elementos de ponderación social de la doctrina católica, puede volver a ser de nuevo un sustrato fecundo sobre el que erigir renovados principios de convivencia para los españoles.

El otro texto al que hemos hecho referencia, *Guerra y Paz en la España Moderna y Contemporánea*, se construye conceptualmente sobre las premisas sentadas en el que le precede y constituye una reflexión de pujante actualidad, más aun si tenemos en cuenta que 2011 es el momento de mayor presencia de fuerzas españolas en distintos escenarios de todo el mundo, desde hace gran cantidad de años. Una presencia, es imposible soslayarlo, que no resiste ya la calificación eufemística de «misiones de paz». José Manuel Cuenca asume en efecto el debate del rechazo de los españoles de nuestros días al hecho militar en cualquiera de sus manifestaciones. Debate como decimos actual, pero no abordado desde una perspectiva presentista, con todas las limitaciones que ello implica. El autor, muy al contrario, construye su discurso sobre un análisis certero de la evolución de nuestro país –en tanto que nación en armas–, a lo largo de los principales hitos de su devenir hasta el momento presente.

Recorriendo con esmero los hitos principales de los periodos épicos de los Austrias y aun de los primeros Borbones (eso sí, negando vigorosamente el papel de la Monarquía de la casa de Habsburgo como una Prusia *avant la lettre*), Cuenca aborda la hipertrofia del protagonismo castrense del XIX y las convulsiones del XX, que son objeto de atención preferente a lo largo del texto. Todo ello para destacar ante el lector la imagen inédita de una España que, heredera de una continuidad tan significativa y avocada además a existir en un mundo preñado de desafíos que nos sitúan en primera línea a la hora de afrontarlos, sin embargo ha negado su pasado en aras de un buenísimo fácil, que ha sustituido una necesaria y constructiva «cultura de defensa» por otra de paz, que no es sino un abandono irresponsable ante los retos del presente e –incluso– ante una tradición histórica.

Como ya hemos apuntado, la clave de bóveda del libro (aunque sea sólo por colmar con su extensión la mitad de la obra), es el goloso ensayo sobre la cultura durante la dictadura de Primo de Rivera. Trabajo sin duda con vocación pionera, que podría haber encontrado incluso acomodo como una pequeña monografía exenta. Cuenca en este texto escapa de los maniqueísmos a los que es susceptible cualquier estudio de la Dictadura, y ofrece un cuadro revelador de la pujanza de las vanguardias, y de todo el entramado cultural español durante la década de los veinte, lo que colabora a situar los logros españoles a la altura de cotas equiparables a las alcanzadas por ejemplo en el mundo germánico en ese mismo periodo –aunque mucho menos conocidas– siendo quizás la cinematografía donde más lejos quedó nuestro país con respecto a otros entandares internacionales (situación que los más agoreros po-

drían incluso afirmar se ha acentuado con los años). Se trata de un estudio intenso y exhaustivo, que da fe del conocimiento enciclopédico del autor, y que colabora, aun no siendo ese su tema central, a avanzar incluso en un modelo de definición de la dictadura de Primo de Rivera, que –con las salvedades de índole política, conocidas y en nada escamoteadas por el profesor Cuenca– se nos presenta como un régimen político de transformación o, en la clave en la que está escrito el texto, como un sistema político *futurista*.

*Cierran* el libro dos ensayos, que cumplen a la perfección su función de tercer acto. El primero de ellos *De los Peligros del Amateurismo en la Historia*, aborda el tan esquivado debate sobre la supuesta evanescencia profesional del oficio de historiador, que lo ha convertido en tierra de promisión para incursiones no siempre felices por parte de profesionales de otros ámbitos de las humanidades o las ciencias sociales. La historia como oficio fácil o incluso obvio es negada aquí con vehemencia. Todo ello, en aras de una pretensión, quizás no terminantemente verbalizada pero no por ello menos evidente, de que los historiadores asumamos un más profundo sentimiento de profesión, y el ser –por formación– poseedores de una serie de destrezas específicas que no se pueden improvisar. Una lectura especialmente relevante, quizás, para los historiadores más jóvenes, testigos mudos ante su paulatina y silenciosa anulación como protagonistas necesarios en los grandes debates, por ejemplo en los medios de comunicación, en beneficio de una *historia de consumo* que, como diría Lucien Febvre, definitivamente no es la de José Manuel Cuenca.

Por último con *De la Pretendida –¿e Inverificable?– Superioridad Intelectual y Moral de la Izquierda sobre la Derecha*, el profesor Cuenca aborda una cuestión mollar de la vida española a lo largo del siglo XX. Esto es, la apropiación, muchas veces a través de un muy bien construido abuso conceptual e interpretativo, de la pura repetición, y de una movilización innegable, de los fundamentos de legitimidad política, social y cultural por parte de la izquierda, todo ello en detrimento de un conservadurismo lastimoso desde la Transición, perfecto remedo del *Oliver Twist* de Dickens, pidiendo suplicante algo más de sopa, manada de un puchero de legitimidades históricas con dueño indiscutible y perpetuo: el hoy en día denominado progresismo. Un tema relevante, y que exige además valentía intelectual; desafío ante el cual, el autor está a la altura, tanto al denunciar los abusos de la izquierda, como el carácter medroso y tambaleante del conservadurismo español.

En definitiva nos encontramos ante un libro de un gran interés y de un indudable valor. No sólo por su contenido sino por ser fruto de las reflexiones de uno de los historiadores de nuestro país de más amplia y meritoria trayectoria, que ha alcanzado ese momento de consagración en su carrera que le permite no sólo dar cuenta –siguiendo con Febvre– de los combates por la historia librados y ganados, sino dar pistas cordiales a las nuevas generaciones sobre los que les tocará emprender a ellos. El resultado es una obra llena de ritmo, de hondura académica y humana, y de sorpresas tanto para los expertos en las materias tratadas, como a los legos; dominada también por una honesta voluntad de educar, de formar, a través de una capacidad para la sugestión que no es sino la decantación de años de investigación y de dedicación al oficio.

«*Ensayos Contemporáneos*» es, a la postre, un libro dominado por un hondo apego al tan traído y llevado solar hispánico y a sus habitantes de ayer y de hoy, lo que es una de las señas de identidad más atrayentes del autor y de toda su obra. Un honesto compromiso que fundamenta otra razón que convierte este libro en una lectura altamente recomendable.

Emilio SÁENZ-FRANCÉS  
Universidad Rey Juan Carlos